



Mar
28
Jun
2016

Evangelio del día

Decimotercera semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: San Ireneo de Lyon (28 de Junio)

“¿Por qué tenéis miedo?”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Amós 3, 1-8; 4, 11-12

Escuchas la palabra que el Señor ha pronunciado contra vosotros, hijos de Israel, contra toda tribu que saqué de Egipto:

«Solo a vosotros he escogido
de entre todas las tribus de la tierra.

Por eso os pediré cuentas
de todas vuestras transgresiones».

¿Acaso dos caminan juntos
sin haberse puesto de acuerdo?
¿Acaso ruge el león en la foresta
si no tiene una presa?

¿Deja el cachorro oír su voz desde el cubil
si no ha apresado nada?

¿Acaso cae el pájaro en la red,
a tierra, si no hay un lazo?

¿Salta la trampa del suelo
si no tiene una presa?

¿Se toca el cuerno en una ciudad
sin que se estremezca la gente?

¿Sucede una desgracia en una ciudad
sin que el Señor la haya causado?

Ciertamente, nada hace el Señor Dios
sin haber revelado su designio
a sus servidores los profetas.

Ha rugido el león,
¿quién no temerá?

El Señor Dios ha hablado,
¿quién no profetizará?

Os trastorné
como Dios trastornó a Sodoma y Gomorra,
y quedasteis como tizón sacado del incendio.
Pero no os convertisteis a mí —oráculo del Señor—.

Por eso, así voy a tratarte, Israel.

Sí, así voy a tratarte:

prepárate al encuentro con tu Dios.

Salmo de hoy

Sal 5, 5-6a. 6b-7. 8 R/. Señor, guíame con tu justicia

Tú no eres un Dios que ame la maldad,
ni el malvado es tu huésped,
ni el arrogante se mantiene en tu presencia. R/.

Detestas a los malhechores,
destruyes a los mentirosos;
al hombre sanguinario y traicionero
lo aborrece el Señor. R/.

Pero yo, por tu gran bondad,
entraré en tu casa,
me postraré ante tu templo santo
con toda temor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 8, 23-27

En aquel tiempo, subió Jesús a la barca, y sus discípulos lo siguieron.

En esto se produjo una tempestad tan fuerte, que la barca desaparecía entre las olas; él dormía. Se acercaron y lo despertaron gritándole:

«¡Señor, sálvanos, que perecemos!».

Él les dice:

«¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?».

Se puso en pie, increpó a los vientos y al mar y vino una gran calma. Los hombres se decían asombrados:

«¿Quién es este, que hasta el viento y el mar lo obedecen?».

Reflexión del Evangelio de hoy

Habla el Señor, ¿quién no profetiza?

El texto de la primera lectura de hoy pertenece al libro del Amós, profeta del Reino del Norte en el siglo VIII a.C. Israel vive una etapa de prosperidad económica, pero este desarrollo se ha conseguido a costa de los más desfavorecidos, abriendo una gran brecha entre ricos y pobres.

Junto a ello va a surgir una fuerte corrupción religiosa, en la que el culto aparece separado de la vida diaria y sin ninguna influencia en ella.

El Señor llama al profeta Amos para denunciar esta situación que está llevando a comportamientos no armonizados con el pacto realizado con Dios (Ex 19,3-24,11), tanto en lo que se refiere a la relación con el mismo Dios (idolatría y corrupción religiosa), como en lo que se refiere a la relación con otros seres humanos (injusticia social).

Por eso el texto comienza haciendo memoria del gran acontecimiento salvífico vivido por el pueblo, la salida de Egipto que culmina con la alianza en el Sinaí, realizada entre Dios y su pueblo: “Yo seré tu Dios y tú serás mi pueblo” (Lv 26,12). Sin embargo, la elección de Dios no es un privilegio, es una responsabilidad; lo que lleva al profeta a pedir “cuentas” a los elegidos de parte de Dios. Lo hace a través de preguntas retóricas, que ayudan a pararse, reflexionar y caer en la cuenta de lo que está ocurriendo.

Los profetas son hombres y mujeres inspirados por Dios y enviados a proclamar la Palabra que el Señor les comunica personalmente. Aparecen como vigías que otean el horizonte a fin de que el pueblo permanezca fiel a la alianza y no se desvíe del camino del Señor. Amos presenta el porqué de su acción profética en este contexto: “Ruge el león, ¿quién no teme? Habla el Señor, ¿quién no profetiza?”. Al profeta no le queda más remedio que proclamar lo que el Señor le ha dicho. Por ello, aunque los israelitas “han sido como tizón salvados del incendio”, no se han convertido, no han cambiado la orientación de su vida. Ahora les toca situarse frente a frente con el Señor. Ahora puedo preguntarme ¿Me siento llamado a ser profeta hoy? ¿Qué veo en este momento que tendría que denunciar?

¡Señor, sálvanos que nos hundimos!

El relato de la tempestad calmada en el evangelio de Mateo se encuentra inmediatamente después de la narración sobre las exigencias del seguimiento de Jesús, a través del diálogo con dos personajes anónimos: un escriba y otro de los discípulos (Mt 8, 18-22). Ya hemos visto en alguna otra ocasión que seguir a Jesús, no es sólo ir tras él sino adherirse a su persona, compartir su vida y su misión; y si llegara la ocasión, su destino. El seguimiento de los discípulos ahora se va a “aquilatar en el crisol” de la tempestad.

Jesús sube a la barca y los discípulos le siguen. La barca es sacudida por las olas. El agua en la antigüedad simbolizaba el poder de la muerte y el caos. Mateo para esta situación va a utilizar la palabra seísmo, con la que el Apocalipsis, en siete ocasiones, denomina las pruebas y tribulaciones por las que pasan los discípulos de Jesús.

Una vez en la barca, Jesús duerme mientras las aguas cubren la embarcación. Los discípulos lo despiertan haciéndole una súplica urgente “sálvanos, que perecemos” para lo cual le llaman Señor, apelativo con el que los israelitas se dirigen a Dios en el AT. Jesús a esta llamada responde de forma ilógica: primero reprende a sus discípulos: ¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?, y luego calma la tempestad. Los discípulos le piden que los libere de un mal presente que provoca en ellos miedo y angustia; pero Jesús, en primer lugar les recuerda el don que han recibido para hacer frente a esa situación, la fe; y más tarde, hace que la bonanza, la calma se haga presente. Lo ocurrido provoca en los discípulos la admiración y por ello se interrogan: ¿Quién es Jesús?

La barca aparece como icono de la comunidad de creyentes que goza de la presencia de Jesús, aun en medio de las dificultades, amenazas y tempestades; aunque, por su poca confianza en el Señor a veces tiene la sensación que Jesús está ausente. Nosotros, como comunidad de creyentes también pasamos en nuestra vida vientos y tempestades. Hoy día de san Ireneo, padre de la Iglesia y uno de los hombres de “gran fe” nos interrogamos: ¿Experimentamos en medio de ellas la presencia del Señor a nuestro lado? ¿Quién es Jesús para mí?



Hna. Mariela Martínez Higuera O.P.
Congregación de Santo Domingo

San Ireneo de Lyon

«Celador del Testamento de Cristo»

Originario de Asia Menor, probablemente Esmirna. [...] Sabemos con certeza que hacia el 177, ya en Lyon (Francia), la comunidad lo envía a Roma como portador ante el papa Eleuterio de la Carta de los mártires de Lyon, en la que se puede leer: «Hemos impulsado a nuestro hermano y compañero Ireneo para que te lleve esta carta, y te rogamos que le tengas por recomendado, celador como es del testamento de Cristo, porque, de saber que un cargo confiere a alguno justicia, desde el primer momento te lo habríamos recomendado como presbítero de la Iglesia, lo que es precisamente» (Eusebio, HE V, 4, 2: BAC 349, p. 288 s.).

Presbítero es título que, en su caso, podría significar también el oficio episcopal. En todo caso, a su regreso a Lyon, es sucesor de Potino, el obispo. Las principales fuentes de su cultura son Asia Menor y su Escuela: Papías, Melitón, Milciades, Rodón, Claudio Apolinar, etc. Interviene durante el pontificado del papa Víctor (189-198) para exhortarlo a la paciencia y comprensión con los obispos de Asia sobre la fecha de la Pascua: es su último acto conocido y de algún modo datable. La noticia de su martirio es tardía. Eximio escritor de la fe católica contra los gnósticos, habría recibido la palma del martirio, se supone, hacia el año 200. La familiaridad con Policarpo es un punto de fuerza en su comportamiento y doctrina, por cuanto lo coloca en los primerísimos tiempos de la Iglesia.

Escritos

Publicó muchos, de los cuales sólo dos han llegado hasta nosotros, a saber: 1. Desenmascaramiento y derrocamiento de la pretendida pero falsa gnosis, o dicho brevemente *Contra las herejías* (*Adversus haereses*), obra escrita hacia el 180, o sea, en los primeros tiempos de Cómodo, cuando no arreciaba la persecución; 2. *Demostración de la enseñanza apostólica*. Del resto se conservan sólo fragmentos o únicamente el título. Pensada al principio en forma más reducida para los fieles del Ródano, la *nervatura del Adversus haereses* comprende cinco libros: 1.º Exposición de la doctrina de Tolomeo: sería la parte que al principio pensó dirigir a los cristianos del Ródano. Es lo que en retórica se denomina *detectio*; 2.º Constituye la *eversio*. Refuta el dualismo gnóstico (Dios-Creador) mostrando su contradicción interna; 3.º Demuestra que su doctrina está en consonancia con la Escritura y la predicación apostólica, precisamente atacando a la misma base de los gnósticos, que era la Biblia, sólo que mal interpretada; 4.º Armonía de los dos Testamentos, especialmente en predicar la unidad de Dios y del Creador: combate así el determinismo gnóstico de la justificación; y 5.º Aunque en un primer momento quiso dedicárselo a San Pablo, abordó luego algunas cuestiones no del todo examinadas en los libros anteriores, especialmente de la resurrección del Señor y de la carne, piedra de escándalo para los gnósticos.

Fundador de la Teología cristiana

Así se le puede considerar, sobre todo por dos razones: primera, por haber desenmascarado el carácter pseudocristiano de la gnosis; segunda, por haber defendido eficazmente los artículos de la fe de la Iglesia católica, negados o mal interpretados por los gnósticos. Fue el primero en sistematizar la enseñanza apostólica; quien fundó la teología cristiana mostrando el punto de partida (Símbolo), las fuentes genuinas (Tradición y Escritura) y el centro de la misma (Encarnación). Hasta San Hilario, la teología occidental no será más que la continuación de cuanto él expone.

La suya no es una teología técnica, es cierto. Tampoco brilla por el alarde especulativo de los gnósticos, ni adopta el orden escolar de los eclesiásticos de su tiempo. Discurre más bien de forma sencilla, tan frondosa y esencial a veces que desconcierta al lector ante la paráfrasis escriturística, la simplicidad del comentario y hasta la conclusión teológica. Los herejes gnósticos arrojaron mucha luz en su ideología y terminología, pero al propio tiempo San Ireneo es, acaso, el escritor católico que mejor guarda las claves para entender el comportamiento de los heterodoxos de la gnosis. Su teología toda se reduce a desenvolver el símbolo, cuyos artículos parafrasea, tanto en *Adversus haereses* como en *Lpideixis*. [...]

La tradición Apostólica

Fidelísimo intérprete del pasado, Ireneo mantiene firme una tradición apostólica, sin errores, una tradición que es norma y criterio de verdad, o sea, la misma de lo que los apóstoles enseñaron como verdades de fe, para ser defendidas por todos. La apostolicidad es norma de verdad, en cuanto que se trata del canal por donde puede encontrar acabado cumplimiento el depósito de la tradición apostólica. De ella gozan las Iglesias fundadas por los mismos apóstoles, cuya supremacía tiene la de Roma, por ser San Pedro y San Pablo sus fundadores. De ahí su «origen superior» (= *potentiorern principallitatem*) sobre las demás, y la necesidad de que éstas convengan con ella. De ahí también que el criterio de verdad esté anclado en la Iglesia de Roma. San Ireneo, por tanto, enseña la infalibilidad de la Iglesia en general, o sea, de la colectividad de las Iglesias particulares en conservar la tradición. Una infalibilidad de todas las Iglesias consideradas juntas, dicho sea por otra vía expresiva, pero también de la sola Iglesia de Roma. «En las Iglesias –puntualiza a propósito de la predicación de la verdad– no dirán cosas distintas los que son buenos oradores, entre los dirigentes de la comunidad (pues nadie está por encima del Maestro), ni la escasa oratoria de otros debilitará la fuerza de la tradición, pues siendo la fe una y la misma, ni la amplía el que habla mucho ni la disminuye el que habla poco» (*Adv. haer.* I, 10, 3).

San Ireneo y la antropología

Incansable y agudo polemista, San Ireneo atacó a sus adversarios por todos los flancos, pero de modo especial, si cabe, el antropológico (= la *Historia salutis*, *Historia de la salvación*). Acude a la tradición anterior hebrea y eclesiástica, aunque las contemporáneas y posteriores le iluminan tanto más que las anteriores. Escribe como si improvisara, que nunca lo hace. Se basa en los primeros capítulos del Génesis, y desde el primer momento en que aborda el tema del hombre en la creación hace jugar principal papel a los dos Testamentos: Adán y el Hombre total/Cristo e Iglesia. Para definir al hombre no hace falta ir a la filosofía, sino a los planes del Creador, que podemos entrever en el Génesis. Los días primeros de la creación tipifican los terrenos de la Iglesia; y lo que Dios hace con el barro, cuanto seguirá en los individuos que integran el Cuerpo de Cristo. Examina de cerca temas como el polvo, el barro, el cuerpo, el plasma, la psique. La caída y dispensación de Adán y sus descendientes, será de misericordia, pero no de absoluto perdón para evitar así que el hombre desprecie a su Señor natural; y porque el poder y las otras perfecciones divinas resplandecen mejor en la humana miseria.

Hay en su antropología ramificaciones espléndidas. Si la gnóstica se reduce a pneumatología y anthropos espiritual; si la de Orígenes se cifra en la psicología y dispensación de la salvación a intelectos puros (de no haber mediado primero el desorden habría sido la salvación dispensada fuera de la materia); la de Ireneo se basa en la carne: su anthropos es el plasma y toda la economía se resuelve en modelar el barro humano a imagen y semejanza de Dios. El alma no entra por sí en la noción del hombre, sino en cuanto instrumento del Espíritu en beneficio del cuerpo material. Estamos, pues, ante una «sarkología». Nadie como Ireneo acertó a unir los dos extremos al parecer incompatibles –espíritu y materia– para, sobre ellos, construir la Historia salutis. [...]

Pedro Langa, O.S.A.